

«Perú y México. Sus vidas paralelas».

Exposición de Miguel León-Portilla, doctor honoris causa de la Pontificia Universidad Católica del Perú

Plutarco (46-120 d. de C.), maestro del emperador Adriano y sacerdote de Apolo en el santuario de Delfos, nos dejó, entre otras obras, la que intituló *Vidas paralelas*. Allí, en un estilo sencillo pero agradable, presentó las biografías de un conjunto de personajes griegos y romanos en los que percibió trayectorias en diversos grados paralelas. Su trabajo sigue siendo leído como obra clásica que introdujo una nueva forma de historiografía dirigida a identificar semejanzas o rasgos paralelos en las vidas de algunos en los que, por su desempeño a lo largo de su existencia, cabía establecer variados géneros de comparación.

Lo que Plutarco realizó respecto de distinguidos griegos y romanos puede ser inspiración en otros intentos de reflexión histórica. Esto ha sido para mí en la disertación que aquí voy a presentar como testimonio de reconocimiento al recibir el doctorado honoris causa que me concede la Pontificia Universidad Católica del Perú. A ella, su rector y su consejo universitario, manifiesto mi agradecimiento por este honor que me liga más estrechamente al Perú, país hermano y entrañable para los mexicanos.

Comenzaré planteándome una pregunta: ¿es mera fantasía sostener que Perú y México han tenido vidas paralelas? ¿No podría decirse lo mismo respecto a otros países hispanoamericanos? Mi respuesta, que trataré de fundamentar con la recordación y análisis de buen número de acontecimientos, es que Perú y México no solo son hermanos sino gemelos que han tenido a lo largo de su existencia no pocas experiencias paralelas.

Casi a modo de una intuición, dos cartógrafos del siglo XVI, el célebre Abraham Ortelius y el también holandés Petrus Plancius, en dos de sus atlas incluyeron sendos mapas de considerable significación para el tema que aquí nos interesa. El mapa de Ortelius representa a la que llama América y también Nuevo Mundo. En él, la porción septentrional ostenta el título de «Hispania Nova», esto es, «Nueva España», designación aplicada a México. La parte meridional, o sea América del Sur —con una tipografía también notoriamente grande— registra la palabra «Perú». Equivale esto a subrayar que en el Nuevo Mundo dos eran las entidades que de alguna forma todo lo comprendían: México y Perú.

Más explícito aun es el mapa de Petrus Plancius en el que se representan los dos hemisferios del mundo. En la mitad superior del que aparece a la izquierda, con grandes letras se lee «América Mexicana». En la mitad inferior

del mismo continente se registra «América Peruana». Ortelius y Plancius quisieron poner así de relieve que, en el Nuevo Mundo, los dos grandes focos de irradiación cultural eran entonces los virreinos de México y Perú. Desde ellos continuaban saliendo expediciones de reconocimiento de los inmensos territorios situados en su entorno.

LA PERCEPCIÓN DE PARALELOS EN LAS PRIMERAS CRÓNICAS E HISTORIAS

Y si tal primacía se adjudicó a Perú y México en la cartografía, otro tanto comenzó a ocurrir paralelamente en las crónicas y otras obras historiográficas de tema americano. Así, el primer cronista de Indias, Gonzalo Fernández de Oviedo y Valdés, en su *Historia general y natural de las Indias*, además de abarcar lo referente a las islas del Caribe, concede máxima importancia a lo tocante a México y el Perú. Otro tanto ocurre con la *Historia de las Indias* de Francisco López de Gómara, publicada en 1552.

Mención particular merecen otros dos historiadores que pasaron parte de sus vidas en tierras del Perú y México. Uno fue el jesuita José de Acosta, al que debemos una muy bien escrita *Historia natural y moral de las Indias*. Obra es esta, rica en reflexiones histórico-filosóficas sobre asuntos tales como el origen de los indígenas del Nuevo Mundo, las causas de los diversos climas que hay en él, la abundancia de sus recursos naturales, la inteligencia de sus habitantes nativos y sus varias formas de religión.

De modo particular, al tratar del Perú y México, describe y compara Acosta sus sistemas de computar el tiempo, los modos de registros glíficos con sus códigos e inscripciones entre los pobladores de México y los quipus entre los indios del Perú. De los quipus afirmó: «Es increíble lo que en este modo alcanzaron porque cuanto los libros pueden decir de historias, leyes y ceremonias y cuentas de negocios, todo esto lo suplen los quipus tan puntualmente que admira».

Interesaron también a Acosta las formas de gobierno y sucesiones de los incas y de los que llama mexicanos. Puede decirse de la *Historia* de Acosta que es una especie de enciclopedia muy bien documentada de lo que eran historia y cultura en lo que el cartógrafo Plancius llamó América Mexicana y América Peruana.

LOS PARECERES DE DOS ESTUDIOS DEL SIGLO XVII

En tanto que la obra de Acosta apareció a fines del siglo XVI, fue en las primeras décadas de la siguiente centuria cuando el cronista real de Indias, Antonio de Herrera y Tordesillas, sacó a luz su *Historia general de los hechos de los castellanos en las islas y tierra firme del mar océano*. En esta voluminosa obra reunió Herrera la copiosa información que pudo allegar, apoyado en documentos de primera mano. En los varios volúmenes que la integran ocupan lugar principal las noticias referentes a los dos grandes virreinos, los únicos que entonces existían, los de Perú y México. Fue Herrera el gran cronista que abarcó con acierto lo que fue su primer siglo de existencia.

Debemos al jesuita andaluz Bernabé Cobo —andariego infatigable, naturalista espontáneo e historiador— haber preparado y concluido a mediados del siglo XVII su magna *Historia del Nuevo Mundo*, dedicada enteramente a Perú y México. Distribuida en tres partes, la primera versó acerca del mundo de la naturaleza en ambos virreinos. Sus descripciones de minerales, plantas y animales, así como de la condición y atributos de los principales grupos humanos, siguen siendo de enorme interés. De las otras dos partes —de las que solo se conservan pocas páginas— sabemos que versaban, respectivamente, sobre la historia prehispánica y la conquista del Perú y México. Cobo y José de Acosta son los estudiosos que percibieron finamente los desarrollos paralelos, tanto culturales como históricos, de uno y otro virreinos.

Como no es mi propósito hacer un farragoso elenco bibliográfico mencionaré ya solo los nombres y títulos de las obras de aquellos que más se distinguieron en esto. Uno, asimismo del siglo XVII, fue Antonio Vázquez de Espinosa, autor del *Compendio y descripción de las Indias Occidentales*. Este libro ha permanecido hasta hoy muy poco conocido, ya que de él solo existe una edición completa debida a Charles Upson Clark, en 1948. El mérito de la aportación de Vázquez de Espinosa —que asimismo dedica atención preferente a cuanto se relaciona con Perú y México— se deriva tanto de las fuentes documentales que allegó, como de sus observaciones personales en sus recorridos a través de uno y otro virreinos. Añadiré acerca de Vázquez de Espinosa que su trabajo debe ser mucho más estudiado, nuevamente editado y anotado.

OTROS TRES HISTORIADORES

A tres historiadores más atenderé. Uno, que vivió de 1721 a 1793, es William Robertson, clérigo protestante escocés que escribió una extensa historia de

América. En ella nuevamente Perú y México reciben un tratamiento amplio y detallado. Abarca allí desde los tiempos prehispánicos hasta la conquista española, y luego los dos primeros siglos de existencia virreinal. De entre otros muchos juicios que hace del desarrollo paralelo de Perú y México, citaré este:

Quando se compara a México y Perú con las otras partes de la América, se puede ver a esos dos imperios como estados civilizados. En lugar de pequeñas tribus independiente y continuamente en guerra, sin otra cosa que una subsistencia precaria y casi ninguna forma de gobierno, encontramos en México y Perú naciones bien pobladas, sometidas a un solo soberano y que vivían en ciudades, con una legislación [...], una religión establecida, muchas de las artes necesarias a la vida, que habían alcanzado cierto grado de perfección y otras que daban belleza a sus establecimientos.

Destacando la significación que Robertson concede al desarrollo cultural de México y Perú, su *Historia de América* no solo corroboró el paralelismo existente entre uno y otro, sino que avivó el interés por acercarse a tales focos civilizatorios.

También historiador de lengua inglesa —aunque de nacionalidad norteamericana—, William H. Prescott (1796-1859) se ocupó ampliamente del gran capítulo de la conquista española de México y Perú. Bajo los títulos de *Historia de la conquista de México* (1843) e *Historia de la conquista del Perú* (1847), y apoyado en cuantas fuentes documentales y bibliográficas pudo reunir, Prescott ofreció sendas visiones de conjunto de lo que fue el enfrentamiento con los hombres de Castilla por parte de los mexicas y los incas. En ambas obras, Prescott ofrece un bosquejo de la correspondiente civilización indígena.

Estos dos libros del historiador norteamericano —que había escrito sobre otros temas tocantes a la historia de España, como sus biografías de los Reyes Católicos, Carlos V y Felipe II— fueron muy bien recibidos por la crítica en Estados Unidos, México y Europa. Hoy podemos decir que —a la distancia de cerca de siglo y medio— estas aportaciones de Prescott continúan atrayendo a muchos lectores. La razón de ello es el interés del tema y el atractivo estilo en que están escritas.

DOS TRABAJOS MÍOS

Cerraré esta reflexión sobre los estudios que se han hecho en torno a Perú y México aludiendo a dos trabajos míos en los que también he procedido con un

enfoque hasta cierto punto semejante. Pido perdón por hacer mención de mí mismo.

En un libro que intitulé *El reverso de la Conquista* —que ha tenido la fortuna de ser reeditado más de treinta veces en México y traducido a otras varias lenguas— amplié la temática tratada antes en la *Visión de los vencidos*. La ampliación consistió en abarcar la perspectiva indígena acerca de la conquista no solo de México sino también las visiones maya y quechua de los enfrentamientos con los españoles en Centroamérica y el Perú. En lo que se refiere al Perú, reuní e introduje textos de Guaman Poma de Ayala, Titu Cusi Yupanqui, Juan de Santa Cruz Pachacuti Yamqui Salcamaygua, Manco II, así como el texto de la tragedia del fin de Atahualpa y una elegía, también en lengua indígena, sobre la muerte del mismo desafortunado inca. Haberme ocupado de la memoria de la conquista del mundo andino fue para mí tarea muy grata y de enorme interés. Con ella me atreví a incursionar en la rica historia peruana.

A otro libro mío aludiré también. Es el titulado *Literaturas del Anáhuac y el Incario. La expresión de dos pueblos del Sol*. Se incluyó este libro en la serie «Clásicos Americanos» coeditada por la Universidad Nacional Autónoma de México y la Secretaría de Educación Pública del mismo país. Aparecido ese libro en 1982, en él comencé por señalar los grandes paralelismos existentes en la historias prehispánicas de Anáhuac y el Incario. A continuación ilustré con testimonios indígenas los siguientes temas: el saber acerca de los orígenes; el universo de las fiestas sagradas, cantos y bailes; la sabiduría de Nezahualcóyotl y Pachacuti Inca Yupanqui, formas de actuación dramática, la antigua palabra, relatos sobre las cosas antiguas; y visión de los vencidos mexicas y quechuas. El libro, que presenta e introduce numerosos textos indígenas, puede describirse como un acercamiento a dos de las más ricas literaturas indígenas de la América nuestra. Es este un punto que, muy significativamente, pone de relieve la raíz de la hermandad de México y el Perú.

Estas son las principales obras sobre las que he querido reflexionar para poner de relieve el interés muy grande que se ha concedido a aspectos principales en el antiguo desarrollo histórico y cultural de México y el Perú. Quiero dar cima a esta reflexión con una visión de conjunto de algunos de los grandes paralelos señalados en las obras que he comentado.

LOS ORÍGENES DE LAS CIVILIZACIONES DE MESOAMÉRICA Y EL MUNDO ANDINO

Al igual que en Egipto, Mesopotamia, la India y China, también en Mesoamérica y en la costa y las tierras altas del mundo central andino, la agricul-

tura fue una realidad desde varios milenios antes de la era cristiana. En Mesoamérica se domesticaron y cultivaron la calabaza, el maíz, el frijol, el chile, el tomate, el cacao, el algodón... En las tierras de Sudamérica hay pararelos y diferencias: los cultivos incluyen varios tubérculos, sobre todo la papa o patata, la yuca o mandioca, distintas variedades de calabazas, la coca... Coincidencias con Mesoamérica fueron el maíz, el chile o ají, el frijol, el aguacate o palta, el algodón... Sobre esas bases agrícolas se desarrollaron dos mundos de cultura que culminaron en dos grandes civilizaciones.

En Mesoamérica, desde fines del segundo milenio a. de C., en las inmediaciones del Golfo de México (Veracruz y Tabasco), surgieron los núcleos olmecas, anticipo de los centros extraordinarios del periodo clásico. Los olmecas adoraron a varios dioses, entre ellos, a uno de rasgos serpentinos que a veces se presentan como felinos. A este mismo contexto de cultura pertenecen nuevas formas de cerámica, grandes esculturas en piedra y las primeras inscripciones calendáricas y de contenido religioso. En la zona andina, en Chavín de Huántar, y en la costa Cupisnique, hacia el primer milenio a. de C. se producen transformaciones también muy significativas. En Cupisnique hay vestigios de grandes edificaciones; de entonces data una rica cerámica con representaciones de una deidad también felina; se trabajan ya los metales. En Chavín, el paso hacia la alta cultura es asimismo evidente. Se han descubierto conjuntos de importantes edificaciones. En bajorrelieve en piedra, en cerámica y en otros materiales, la deidad felina se torna omnipresente.

Resulta verosímil sostener que a esos focos originales de alta cultura, que florecieron desde antes de la era cristiana en Mesoamérica y en las tierras andinas, se deben las semillas de inspiración de cuanto alcanzaron luego las dos grandes civilizaciones nucleares del continente americano. Y ello incluye los gérmenes de su visión del mundo, su organización social y religiosa, sus creaciones artísticas y la expresión oral o inscrita de su pensamiento.

LA ETAPA CLÁSICA EN MESOAMÉRICA Y EN EL MUNDO ANDINO

En ambas regiones se desarrolló luego un periodo de extraordinario florecimiento. Recordemos los nombres de los grandes centros mesoamericanos: Teotihuacán, en el altiplano; Monte Albán, en Oaxaca; y Copán, Tikal, Uaxactún, Yaxchilán, Palenque y Chichén Itzá en las tierras mayas de México y Centroamérica.

En lo que toca al que más tarde se llamó *Tahuantisyuy* 'la tierra de los cuatro rumbos', en el mundo andino, también hay asentamientos humanos

donde la creatividad florece de modo notable: Moche, en la costa norte, verdadera metrópolis de un pueblo dinámico y conquistador; Nazca, en la costa sur, célebre por su cerámica, su trabajo de los metales y sus textiles. A su vez, en el altiplano se inicia, desde cerca del siglo VI d. de C., el esplendor de Tiahuanaco, en las orillas del lago Titicaca.

Así como Teotihuacán aparece en la posterior literatura náhuatl como el sitio sagrado donde ocurre el principio de una nueva edad cósmica, también Tiahuanaco tiene lugar prominente en la tradición andina como ámbito de una nueva creación también cósmica y divina. Varios son los textos que nos hablan de esto, en náhuatl y en quechua.

EL PERIODO POSTCLÁSICO

A esa antigua etapa de gran florecimiento, conocida por la arqueología, los mitos y otros relatos legendarios, así como —en el caso de los mayas— por sus inscripciones, siguen luego varios siglos que se han designado como «periodo postclásico». Curiosamente —al adoptarse parecida designación para el área andina— se destaca así otro interesante paralelo en la cronología de ambas regiones. Fue entonces cuando el arte de trabajar los metales irradió desde el mundo andino hasta llegar a Meosamérica.

En esta, a partir del siglo X d. de C., se inició el florecer de los toltecas de Tula, herederos culturales de los teotihuacanos y de otros como los cholultecas. Los toltecas fueron los seguidores del gran sacerdote Quetzalcóatl. En los Andes, en Tiahuanaco y en otros lugares del altiplano como Huari, también se alcanzó un apogeo expansionista, político y cultural. Así como en los relatos nahuas se habla de Quetzalcóatl, la tradición oral andina recuerda la figura central, ligada a Tiahuanaco, la del benévolo y sabio señor Viracocha que, como Quetzalcóatl, fue tenido paralelamente como una deidad.

La decadencia de Tula y la de Tiahuanaco trajeron consigo una gran dispersión del poder político en las respectivas áreas hacia el siglo XII d. de C. Más o menos aisladas, tan solo varias ciudades-estados florecieron en ambos mundos de alta cultura. En Mesoamérica ocurrieron invasiones de chichimecas o *bárbaros* procedentes del norte. Varios centros se consolidaron en la región central, entre ellos Culhuacán, Azcapotzalco, y luego Tezcoco y los señoríos de Tlaxcala...

En el mundo andino las principales entidades autónomas, con sus centros de población, fueron Chimú, Chancay e Inca, a lo largo de la costa, y Cajamarca y otros en la sierra. De ambos mundos de cultura hablan diversos rela-

tos, como los *Anales de Cuauhtitlán*, y la *Historia Tolteca-Chichimeca*, en náhuatl, y, entre otros, el texto en quechua que se conoce como *Dioses y hombres de Huarochiri*.

LOS MEXICAS (AZTECAS) Y LOS INCAS

Culminación de estas largas y paralelas secuencias fueron las formaciones de dos poderosos Estados: el de los mexicas o aztecas y el de los incas. En ambos casos, su florecimiento se desenvuelve entre los siglos XIV y XVI d. de C., y concluye con la conquista o invasión de los hombres de Castilla. Y en ambos casos es, asimismo, cuando los *tlamatinime*, ('sabios' *nahuas*) y los *amautas*, ('sabios' quechuas) recogieron, preservaron y enriquecieron los legados de sus respectivos pasados con cerca de dos milenios de actividad creadora.

Sorprenderá a quien lea las leyendas sobre los orígenes de mexicas y quechuas encontrar interesantes coincidencias. Conocidas son las crónicas de los mexicas que hablan de su salida de Aztlan-Chicomóztoc, el 'lugar de las garzas', y el de 'las siete cuevas', y describen luego los principales sucesos de su peregrinación hasta llegar a la tierra que les tenía anunciada su dios: el islote de México-Tenochtitlán.

A su vez, los textos quechuas evocan, como lugar de los orígenes, un sitio llamado *Paccarí Tampu* 'la posada de la aurora'. Allí, como en las cuevas de Chicomóztoc, existían aperturas en varias cavernas. De ellas, como en un amanecer, salieron los ancestros de los incas, título de los supremos gobernantes. De la principal apertura o ventana surgió Manco Cápac, cabeza de la dinastía. Con él vinieron tres hermanos y tres hermanas. Por las aperturas de otras dos cuevas aparecieron todos los otros quechuas que formarían los más antiguos grupos emparentados entre sí, los primeros *ayllus*. Estos eran una especie de clanes, de algún modo semejantes a los *calpulli* del ámbito nahua, asimismo grupos de gentes emparentadas entre sí y núcleos básicos en la organización social prehispánica.

Tras peregrinar por algún tiempo, al fin llegaron al lugar predestinado, el Cusco. En México-Tenochtitlan la señal fue el águila devorando una serpiente. En el Cusco, el inca Manco Cápac hubo de golpear la tierra en varios sitios con una vara de oro recibida del Sol. Al fin encontró el lugar en donde el suelo se hundió al primer golpe. Allí iba a fundarse la que llegaría a ser también gran metrópolis.

Cerca de dos siglos después, dramáticos en extremo fueron los enfrentamientos de los incas y los mexicas con los hombres de Castilla. Ocurrieron

con una diferencia de poco más de diez años: entre 1519 y 1521 en México, y entre 1532 y 1537 en Perú. En ambos casos los supremos gobernantes indígenas, Moctezuma y Atahualpa, fueron hechos prisioneros y poco después se les hizo perecer. También en México y Perú hubo enfrentamientos entre los españoles conquistadores. En México se dio el grande antagonismo entre Hernán Cortés y Nuño Beltrán de Guzmán. En el Perú la lucha fue más intensa y duradera entre los Pizarro y Almagro.

EL PERIODO VIRREINAL

Algunos años después —en 1536 en México, y en 1541 en Perú— se crearon sendos virreinos que habrían de perdurar hasta comienzos de los años veinte del siglo XIX. Procesos en muchos aspectos paralelos se desarrollaron en esos tres siglos. A los indígenas les tocó la peor parte. Basta con acercarse a la *Nueva corónica y buen gobierno* de Guaman Poma de Ayala o a varios textos en náhuatl y en maya, como los libros de Chilam Balam, para conocer cuán grandes fueron desde un principio los sufrimientos de los indígenas.

No puede negarse, en contrapartida, que a lo largo de esos tres siglos hubo logros positivos en ambos virreinos. Misioneros franciscanos, dominicos y agustinos, y más tarde también jesuitas, evangelizaron a los pueblos indígenas del Perú y México, y actuaron como maestros de sus juventudes. Con su acción, el cristianismo enraizó en sus vastos territorios. Más difícil fue la integración del Perú debido a su geografía de costa, sierra y selva. A pesar de todo, en Perú y México se crearon nuevos centros de población con grandes edificaciones, palacios, catedrales y escuelas. Discutimos peruanos y mexicanos acerca de cuál fue la más antigua universidad del continente, la de Lima o la de México, creadas ambas por reales cédulas de 1551. Si la que estableció la de Lima se expidió poco tiempo antes que la referente a la de México, hay que reconocer que esta última abrió sus puertas varios años antes que la de Lima.

Logros grandes alcanzaron ambas instituciones. En ellas se enseñaron lenguas indígenas y se formaron no pocos estudiosos. En México se estableció la imprenta en 1539; en Lima, hasta 1584. Hay otros paralelos que pueden recordarse. Entre ellos están la presencia en México y Perú de algunos virreyes como Antonio de Mendoza, Diego López de Zúñiga, Luis de Velasco, Martín Henríquez de Almanza, Diego Fernández de Córdoba y otros. El arte floreció esplendoroso en uno y otro virreinos: en la arquitectura, pintura, escultura, música y literatura.

Recordaré tan solo algunas figuras señeras de esos siglos: Garcilaso Inca de la Vega, Guaman Poma de Ayala, los cronistas a partir de Pedro Cieza de León y otros más que sería largo mencionar. A su vez, en México hubo también escritores indígenas como Hernando Alvarado Tezozómoc, Chimalpain, Fernando de Alva Ixtlilxóchitl; mestizos como la gran sor Juana Inés de la Cruz y otros más. Recordaré asimismo a Bernardo de Balbuena, autor de la *Grandeza mexicana*, y al historiador Francisco Javier Clavigero. La lista podría alargarse con los nombres de tantos otros que sobresalieron en las artes y las ciencias.

Periodo de luz y sombras fue el de los tres siglos de vida virreinal en Perú y México. De él puede afirmarse, no obstante, que fue el tiempo en que se consolidó el ser de los que serían luego dos grandes países mestizos. Iban a tener ellos que hacer frente a grandes problemas, pero a la vez nacieron abiertos a enormes posibilidades.

LA EXISTENCIA INDEPENDIENTE

México y Perú consumaron sus respectivas independencias en fechas cercanas, tras varios años de luchas. Imposible evocar aquí las que fueron luego sus respectivas trayectorias. Solo señalaré algunos rasgos paralelos, positivos y negativos, en su desarrollo. En ambos países se luchó por alcanzar formas de organización republicana y democrática. Pero en ambos fueron frecuentes los enfrentamientos internos, los pronunciamientos y cuartelazos. En los dos hubo guerras intestinas y extranjeras. En México fueron contra Francia y los Estados Unidos; en Perú, contra España y Chile. Entre otras consecuencias estuvo la muy dolorosa de pérdidas territoriales: las extensas provincias del norte arrebatadas a México por los Estados Unidos, y las de Tarapacá, Tacna y Arica, cedidas a Chile.

El orden constitucional se rompió varias veces en Perú y México. Las desigualdades sociales se ahondaron. Las poblaciones indígenas secularmente marginadas hasta hoy pugnan por alcanzar su autonomía y todo lo que haga posible su participación en la vida de su respectivo país, preservando sus diferencias culturales y sus lenguas.

En compensación, recordaré los nombres de grandes pensadores y hombres de letras que durante este periodo independiente han enriquecido el universo de la cultura. Del Perú mencionaré a Mariano Melgar, poeta de la independencia; al atildado Ricardo Palma; a los maestros de la palabra José Santos Chocano, César Vallejo, Ciro Alegría, Rosa Arciniegas, José María Arguedas,

José Carlos Mariátegui, Jorge Basadre, José Luis Valcárcel, Julio Ramón Ribeyro y Mario Vargas Llosa. De México traeré al recuerdo a Joaquín Fernández de Lizardi, Manuel Orozco y Berra, José Fernando Ramírez, José Othón, Manuel Gutiérrez Nájera, Ramón López Velarde, Alfonso Reyes, Carlos Pellicer, Juan Rulfo, Rosario Castellanos, Octavio Paz y Carlos Fuentes. A estos podrían sumarse los nombres de científicos y creadores en otros campos de las artes. Ellos, y otros muchos, han sido sembradores de esperanza en Perú y México.

A la luz de todo esto, ¿qué podemos decir aquí y ahora del presente y del destino de estos dos países unidos tan entrañablemente por tantas realidades y acontecimientos paralelos desde los tiempos prehispánicos hasta el presente? Un deseo quiero expresar, al recibir ahora este doctorado honoris causa que me acerca aun más al Perú: ojala que nuestros países —gemelos, más que meros hermanos— recobren la inspiración y la fuerza de sus periodos de grandeza y, con conciencia de lo que han podido lograr, se encaminen aproximándose cultural y económicamente, a la realización de su destino que debe ser luminoso, en paz, bienestar y justicia.